

por ser complejos, costosos, escasos, sólo se encuentran en los organismos gubernativos ("los instrumentos buscan trabajos").

En relación con la investigación aplicada, las recomendaciones son más obvias: hay que asegurar que el gobierno sabe lo que —en este sector— hacen las universidades y los organismos privados y estos órganos lo que hace aquél; que se eviten las duplicaciones; que se mantengan contactos y, que en los institutos gubernativos y académicos de investigación se tenga idea clara de la aplicabilidad de las investigaciones que realizan, mientras que la industria mantiene a los órganos gubernativos y universitarios de investigación, informados acerca de sus necesidades.

Algunos de los criterios para seleccionar los proyectos de investigación aplicada son: la existencia o inexistencia de un acuerdo entre el centro de investigación y el cliente, en cuanto a la fijación de las metas; la determinación de si es o no factible, en función del estado del conocimiento, la técnica, el instrumental, el dinero y el personal disponibles; la de si el proyecto es o no el primero en su clase (para prever *costos adicionales* de dinero, tiempo, esfuerzo, capacitación, *impuestos por la falta de experiencia* en ese sector); la elección del tipo de centro (gubernativo, universitario, privado) en el que puede realizarse más adecuadamente un estudio. En forma no menos importante, se debe considerar cuál es el mercado potencial, nacional e internacional de la investigación.

La investigación, en las sociedades actuales, ocupa —según puede verse—, un lugar central, pues sin ella, ni hay conocimiento de sí (desarrollo-investigación pura) ni actualización de potencialidades (evolución-investigación aplicada) ni avance (progreso *resultante* de desarrollo y evolución, investigación puesta al servicio del

Hombre). Pero, no basta reconocerle a la investigación, su sitio central; es necesario enmarcarla social y económicamente (en particular en este último respecto, en sociedades pobres como las nuestras). Para lograrlo, puede que resulte de gran utilidad atender a los grandes delineados que la comisión real inglesa sobre Investigación y Desarrollo presenta en este informe suyo (de gran actualidad para las preocupaciones nuestras), de máximo interés para unos países latinoamericanos que dan sus primeros pasos en la senda de la investigación científica.

(O. U. V.)

Harold Eugene Davis: *Latin American Social Thought. The History of its Development Since Independence, with Selected Readings.* The University Press of Washington, D. C., 1961, pp. 557.

Quienes se dedican a las ciencias sociales en Estados Unidos de América han llegado a considerar, en años recientes, que el estudio de Latinoamérica los puede habilitar para entender los problemas de las naciones emergentes asiáticas y africanas.

Puesta aquí su atención, han examinado el pensamiento latinoamericano y, en primera aproximación, lo encontraron contradictorio "altamente teórico y eminentemente práctico, profundo y superficial, nuevo y tradicional, autónomo y producto de préstamos". Era un enjuiciamiento de conjunto, en bloque, estático. Una segunda aproximación les ha mostrado el carácter dinámico, procesal, del pensamiento latinoamericano: nutrido en fuentes europeas —al principio— estadounidenses —después—, comienza a desarrollar características propias al examinar su medio físico, y las desenvuelve lentamente cuando del medio se vuelve al hombre; cuando en el

indígena encuentra algo diferencial, propio, y cuando, más tarde, comprende que es *toda* su realidad económica, social, política y cultural la que lo diferencia de otros pueblos y lo obliga al estudio.

No es sólo, como cree Davis, que en el *habitat* y en el indígena busque el latinoamericano lo que le diferenciará de otros; es que, en determinado momento, era eso casi lo único que le diferenciaba de ellos, pues todo el resto se encontraba *statu nascendi*.

Las influencias formativas que reconoce Davis son: el catolicismo, el Derecho Romano (que, para él, propicia una modulación autoritaria) un escolasticismo más hispánico que noreuropeo; influencias racionalistas y jusnaturalistas francesas que sufren modificación a causa de factores del medio americano, y otras, estadounidenses, que se ejercen más en lo político, en las aplicaciones, que en lo filosófico y las cogitaciones.

Los rasgos generales del pensamiento latinoamericano son, para Davis: una exagerada conciencia hispanista entre los criollos (conciencia clasista frente a indios y negros); un optimismo de esos mismos criollos independentistas que se parece al que matizó el sentimiento antibritánico en las colonias inglesas de Norteamérica; un ruralismo que contrasta con el urbanismo europeo. Como resultante de estas fuerzas, Davis obtiene una, latinoamericana, que difiere de la europea. En Latinoamérica —según su análisis— ha habido más un reformismo orientado hacia el cambio étnico que un socialismo guiado por la conciencia de clase (propio de los obreros europeos urbanizados).

El pensamiento latinoamericano, según Davis, ha hecho de nuestros países grandes laboratorios democráticos, durante siglos. El optimismo (común a nosotros y a los angloamericanos) ha producido intentos utópicos (en Michoacán, en Paraguay, en Massachus-

ets). Una sobrevaloración del Nuevo frente al Antiguo Mundo también ha sido, frecuentemente, la respuesta ante la subvaloración europea del continente.

Davis considera el pensamiento latinoamericano en el marco de 4 grandes divisiones: Ilustración e Independencia, Liberalismo y Utilitarismo, Positivismo y Tendencias Vigesimo-seculares.

La independencia —en una visión incompleta— es considerada por él como “último acto de un drama, cuyos actos precedentes se representaron en otras partes”. El pensamiento latinoamericano de la época sería, así, puro reflejo de desarrollos europeos posteriores a la revolución independentista angloamericana y a las eras de Napoleón y Matternich. El racionalismo de Descartes y Locke habría de preparar la aceptación de Voltaire, Rousseau, Franklin, Paine, Raynal. De ellos, Rousseau sería el más influyente: pero, si bien ese pensamiento implantó en suelo americano los anhelos, las aspiraciones de algo así como una naciente clase media, los factores sociales y étnicos limitaron las aplicaciones y produjeron, a veces, movimientos del tipo de la “Fronda”. En lo económico, la inspiración la proporcionaban los fisiócratas y Smith; pero, se aceptaba —siempre— un elemento tradicional: las leyes de Indias.

Y si todo parece —presentado así— europeo, reconózcase —con el autor— que algunos latinoamericanos de la época (Fray Servando Teresa de Mier, por ejemplo) ya comenzaban a buscar lo propio en una conciencia *americanista* (pues el nacionalismo —aquí— habría de ser posterior a la conciencia regional americana).

En el periodo liberal-romántico y utilitario, “las tendencias inspiradas por las viejas ideas en el Nuevo Mundo asumieron, tras la independencia, un sabor más americano: era esto respuesta al reto de que había que

formar nuevas sociedades políticas en condiciones difíciles (como una depresión minera, la dislocación del comercio internacional y las crisis financieras recurrentes)". Las influencias de Bentham y de James Mill, se ejercen —en este periodo— en Bello, Mora, Alberdi, Del Valle; la de Saint Simon obra sobre Echeverría y Bilbao; la de Cousin (utilitarismo + idealismo), sobre Mestre. Liberalismo, utilitarismo, socialismo utópico, eclecticismo expresaban las actitudes de los criollos "que parecían combinar el aristocratismo benevolente de los plantadores de Virginia con una creciente conciencia de clase-urbana". El periodo representa una etapa de independización cultural (Bello busca un programa cultural americano, chileno; Lastarria pugna por la independencia literaria; Alberdi batalla para lograr concepciones jurídicas cercanas a la realidad americana). La falta de desarrollo de los recursos favoreció las políticas inmigratorias, la libertad de comercio. Se produjo un anticlericalismo de derivación francesa. Las realidades latinoamericanas se imponían ya tan fuertemente a la consideración de todos, que su influencia se sintió incluso en las filosofías sociales conservadoras de Alamán, Francia, Rosas, Portales, Pereira, Vasconcelos.

La emergencia de las clases medias urbanas, hacia 1848, había desplazado el aristocratismo del periodo anterior; había propiciado la aparición de ideas evolucionistas y deterministas y había hecho nacer la "ciencia de la sociedad". Bajo estas influencias, y a la vista de cierto sentimiento latinoamericano de fracaso (por no lograr el desarrollo de instituciones políticas británicas, francesas, angloamericanas, y por no conseguir la prosperidad económica) se desarrolló en Latinoamérica el concepto de una libertad *positiva* y no ya sólo *teórica* (derivada de ciertas creencias, basada en una experiencia propia, expresada en nues-

tra estructura social). El interés latinoamericano en el positivismo (que no manifiesta sino una preocupación por encontrar las bases sociales de los problemas latinoamericanos) orientó, en un principio, las fuerzas liberales; pero, acabó por proporcionar fundamento a una estabilidad política que no se fundó siempre en la libertad. Con todo, en buena parte, esa estabilidad permitió reflexionar sobre la historia de la región, dedicarse a una búsqueda del ser nacional. Así fue como surgieron otras tendencias que primero se alejaron y después se opusieron incluso a la positivista.

El siglo xx presenta, así, junto con los problemas reales —aumentando demográfico, creciente productividad, dinámica acelerada, revolución mexicana del '10, batllismo uruguayo, acogida de intelectuales desplazados de Europa— una proliferación de tendencias. Es ésta, para Davis, algo así como una explosión cultural, o como un renacimiento que se manifiesta por una gran afluencia de publicaciones. El positivismo, según cree descubrir, continúa, pero modificado; el marxismo —por su parte— logra nuevos adherentes; las nuevas tendencias se unifican en el énfasis que ponen en un idealismo revolucionario que se opone al evolucionismo.

Imposible seguir, en la última y en las anteriores partes, todas las observaciones y comentarios de Davis. Imposible detenerse en las lecturas que de los pensadores latinoamericanos ha escogido y traducido o hecho traducir. Estas son numerosas y son variadas; se encuentran representados —en estas páginas— Bolívar, Fernández de Lizardi, Moreno, Del Valle, Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Mora, Bilbao, Varela; González, Prada, Da Cunha, Barbosa, Hostos, Martí, Alvarez Suárez, Ingenieros, Rodó, Sierra, Letelier, Rosas, Montalvo, Vasconcelos, Caso, Gálvez, Rojas, Mariátegui, Haya de la Torre, Deustúa, Ferrer,

Bermejo, Mijares, Freyre, Amoroso Lima, Betancourt, Frei. De un periodo a otro, son más, varían más sus orígenes; proliferan en ellos las ideas diversas. Imposible examinar y valorar —sin un conocimiento de la obra total de todos y cada uno— si la selección ha sido buena o si no lo ha sido; si estuvo prejuiciada o no. Es posible —en cambio— justipreciar la labor de quien, desde su punto de vista, ha recogido todos esos materiales para ofrecérselos como una antología del pensamiento latinoamericano. Y posible es —también— desear que, desde el punto de vista nuestro, llegue a reunirse una antología parecida, latinoamericana, y que sobre los textos elegidos se realice un análisis cuidadoso, detenido, que descubra más que los pensamientos que pueden filiarse en otras partes, las aportaciones originales de los pensadores latinoamericanos. Y desearíamos que esto se hiciera aunque antología y análisis no alcanzaran a cubrir las quinientas y tantas páginas de este tomo. Para este trabajo, la bibliografía de trabajos generales sobre el pensamiento latinoamericano y las bibliografías de cada pensador, que Davis nos entrega, *tienen que ser* un importante, utilísimo punto de partida.

Alain Birou: *Vocabulaire Pratique des Sciences Sociales*. Editions Economie et Humanisme. Les Editions Ouvrieres Paris, 1966. pp. 314.

La postura de Alain Birou al recopilar las fichas de este vocabulario es la de un gran liberal en lo académico. El suyo es, fundamentalmente, respeto a lo que (con un gran lingüista, y con mucha licencia) podríamos llamar la “vida del lenguaje”. Birou es prudente —así— pues ni condena las tendencias innovadoras ni las admite y consagra sin examen. Hay siempre algo, en lo excesivo, que lo condena de por sí; hay algo, en lo mesurado,

que obliga al examen; hay algo, en lo certero, que invita a la instantánea aceptación. Y en el caso de las voces, esto opera: existe, a veces, el neologismo *indispensable* que no surge; en otras, el necesitado neologismo que aparece; en otras más, el neologismo inadecuado, para algo que requiere nombre; en otras, el neologismo *superfluo*, que da nombre a lo que ya lo tiene. Entre todas estas variantes, el lexicólogo —más si compila vocabularios especiales— ha de moverse con prudencia; prudentemente, pero sin temor, puesto que, si bien “dentro de cada ciencia, los diferentes investigadores tienden a crear su lengua particular” (sin lograrlo, por fortuna para la comunicación), “más que apresurarnos a condenar tal práctica, debemos tratar de captar su sentido e importancia”

En efecto, si la tendencia a crear vocablos se desboca, nada será comunicable; pero ¿cómo expresar ciertos hechos no definidos hasta ahora, si nuevos vocablos no se crean? El lenguaje, como casi todo producto social, debe oscilar entre dos polos; en su caso, son éstos el expresivo y el comunicativo. Expresarlo todo es nada comunicar. Comunicarlo todo es sacrificar la expresión propia. Y si bien es verdad que el dedicado a la ciencia tiene más obligaciones comunicativas que expresivas, éstas últimas no le son ajenas: cuando en la realidad descubre relieves nuevos que unifican un fenómeno, *tiene que expresárselo* y, después, tratar de comunicárselos a los demás. Más aún, también hay cosas que el lenguaje común ya nombra pero a las que —al nombrar— insulta o loa, y quien dedica sus esfuerzos a la ciencia, al renombrarlas o bautizarlas de nuevo, las depura. Sobre el proceso —claro— gravita la amenaza de esoterismo: el riesgo de alejar la ciencia —consciente y voluntariamente— del alcance del pueblo.

“Cada vez que los investigadores y